INTRODUCCIÓN (1)

Y en fin, hombre que ha sufrido pérdidas!
SHAKSPEARE.—*Mucho ruido por nada.*

Cuando el buen Dogberry (2) recapitula y enumera todos los títulos que tiene á la respetabilidad y que á su entender hubieran debido librarle del epíteto injurioso que le regala el Sr. Caballero Conrado, es muy de notar que el título que alega con más énfasis, no sea ni *el tener dos batas* — cosa de no poca importancia en cierta ex-capital que yo me sé—(3), ni el *ser un pedazo de carne tan agraciado como el que más en Mesina*, ni siquiera y como argumento concluyente el *ser persona asaz rica*, si no principalmente *el ser hombre que ha sufrido pérdidas*.

Efectivamente, he observado en todas ocasiones que los preferidos de la fortuna, sea por no deslumbrar con todo su esplendor á los peor tratados por ella, sea por considerar que es tan honroso para la misma el haberse encumbrado á despecho de las contrariedades como lo es para una fortaleza el haber sostenido un sitio, sea de ello lo que fuere, he observado, repito, que los tales nunca dejan de hablaros de los quebrantos que les ocasionan los malos tiempos que corren. Rara vez os sentaréis á una mesa bien servida sin que los huecos entre copa y copa de Champagne, Rhin ó Borgoña deje de llenarlos vuestro anfitrión, si es capitalista, con sus lamentaciones sobre la baja del interés del dinero y la dificultad de hallar empleo al que por lo

(1) Creo inútil decir que todo lo que sigue es pura ficción.

(2) Dogberry es un polizonte de la comedia de Shakespeare, de donde se ha sacado el epígrafe de esta introducción, que es la de la edición primitiva del *Quintin Durward;* Conrado le trata de asno, lo que irrita sobremanera al infeliz oficial.—N. del T.

(3) Edimburgo.—N. del T.

mismo dùerme improductivo en sus arcas; ó, si es hacendado, con lastimosos pormenores sobre los atrasos y descenso de las rentas. El efecto es seguro. Los convidados suspiran y, moviendo la cabeza al compás de la de su huésped, miran el aparador cargado de plata, paladean una vez más los riquísimos vinos que circulan profusamente en torno á la mesa y no pueden menos de apreciar toda la ingénita bondad de quien, á pesar de tales quebrantos, continúa prodigando, en obsequio á sus amigos, los restos de su fortuna; ó bien, y esto es más lisonjero todavía, consideran cuánta debe ser la magnitud de ésta, ya que, invulnerable ante las pérdidas, sufre sin menoscabo, como el tesoro inextinguible del generoso Abulkasem, tan incesantes y copiosas sangrías.

Esta manía de quejarse reconoce sin embargo sus límites, pareciéndose á la que tienen todos los valetudinarios de hablar de sus achaques: mientras sólo se trata de sus dolencias crónicas, no hay pasatiempo más delicioso. Pero todavía no conozco á nadie, cuyo crédito esté realmente comprometido, que se entretenga en hablar de la disminución de sus recursos; y por otra parte, mi médico, que es tan bueno como inteligente, me asegura que es raro que el que ha cogido una buena calentura ó cualquiera otra de esas graves enfermedades que

con crisis mortal predicen
al hombre un próximo fin,

halle en sus sufrimientos tema muy divertido de conversación.

Habida razón de cuanto precede, no puedo ya por más tiempo disimular al lector que no soy tan impopular ni desafortunado que no tenga mi parte en las calamidades que afligen en la actualidad á los capitalistas y hacendados del Reino Unido. Á los autorcillos, cuya ración se reduce á una chuleta de carnero, puede regocijarles que el precio baje á tres peniques la libra, y hasta si tienen hijos, pueden congratularse de que no les cueste más arriba de seis un gran pan de munición; nosotros empero que pertenecemos á la clase de los arruinados por la paz y la abundancia—nosotros que poseemos tierras y ganados y vendemos lo que esos infelices tienen que comprar—nosotros nos sentimos inclinados á la desesperación por las mismas razones que harían iluminar todas las buhardillas de Grub-Street (1), si cabe en lo posible imaginar siquiera que en Grub-Street les sobren alguna vez cabos de vela á tal propósito. Vengo, pues, con or-

(1) *Grub-Street;* nombre que se da en Londres al barrio ocupado por toda la cáfila de autorcillos adocenados, traductores ramplones, etc.—N. del T.

gullo á reclamar aquí mi parte en los infortunios que afectan tan sólo á las gentes acomodadas, y, como Dogberry, me declaro *persona bastante rica*, si bien, al propio tiempo, *hombre que ha ha sufrido pérdidas*.

Llevado del mismo espíritu de generosa emulación, de poco tiempo acá he echado mano del remedio universal contra esa pequeña *sin-dineritis* que me aqueja, yendo á pasar una corta temporada en un clima meridional. Con ello, al paso que me he ahorrado muy buenas carretadas de carbón, he tenido también el gusto de excitar, con motivo de la decadencia de mi fortuna, generales simpatías entre aquellos mismos que, de seguir derrochando mi hacienda en festejarles, viéranme ahorcar impávidos. Así, mientras yo bebo mi *vin ordinaire*, mi cervecero se apercibe de que mengua el despacho de su cerveza floja; mientras yo apuro mi botella de *cinq francs*, mi ración diaria de Oporto quédase en la bodega de mi tabernero; mientras humea en el plato mi *côtelette à-la-Maintenon*, el majestuoso lomo cuelga de un garfio en la carnicería del aldea, con dolor de mi amigo, el del delantal azul. En suma, cuanto aquí gasto, lo echan menos en casa; y ni los pocos sueldos que me saca el *garçon perruquier*, ni siquiera el mendrugo que le echo á su perrito rabón y de ojos colorados, dejan de ser *autant de perdu* para mi antiguo amigo el barbero y el honrado Trusty, el mastín que me guarda la casa. De esta manera, no puedo dar un paso sin que tenga la dicha de saber que mi ausencia es notada y sentida por cuantos, á trueque de conservar la parroquia de mis herederos, asistieran á mi entierro sin la menor emoción. Justo es, sin embargo, que de este cargo de egoísmo é indiferencia exceptúe solemnemente á Trusty, mi perro guardián, cuyos halagos tengo motivos para creer más desinteresados que los de muchas personas que me ayudaban á gastar alegremente los bienes que debo á la liberalidad del público.

Lástima que para alcanzar en su patria tan generales simpatías, deba uno someterse á no pocas incomodidades personales. Ya dijo Horacio: «si quieres que yo llore, empieza por llorar tú,» y en verdad que muchas veces tentaciones me dan de llorar al pensar que he tenido que cambiar mis gustos domésticos, que la costumbre convirtió en necesidad, por equivalentes extranjeros, que el capricho y el amor de novedades han puesto de moda. Mi estómago inglés de pura raza echa menos, con rubor lo confieso, la hermosa tajada de buey, aderezada á usanza de Dolly, que se sirve caliente al salir del fuego, bien tostada por de fuera y sonrosada apenas se le hunde el cuchillo; y ya puede Very amontonar en su *carte* manjares exquisitos y transformar al infinito la ortografía de sus *Biflicks de Mouton*, que nada basta á compensar la falta de mi plato favorito. Además, el hijo de mi madre no le sabe tomar el gusto al aguachirle, y hoy día en que la cebada tan poco vale, apostaría cualquier cosa que una doble medida de John Barley-Corn (1) debe haber transformado «la pobrecita cerveza floja de nuestros hogares» en un licor cien veces más generoso que ese brebaje ácido y desabrido, que se honra por aquí con el nombre de vino, aunque por su fuerza y calidad á lo que más se asemeja es á agua del Sena. Los vinos de precio, cierto, no son malos; nada hay que objetar al Château-Margot y al Sillery; con todo, no hay quien me haga olvidar las generosas cualidades de mi añejo y excelente Oporto. ¿Qué más? Sin negar que el *garçon* y su gozquecillo sean un par de animales muy graciosos y hagan mil monadas bastante divertidas, hay que reconocer sin embargo que había más picardía en el guiño con que el buen Packwood solía comunicar al lugar las nuevas de la mañana, que en todas las cabriolas que pudiera hacer *Antoine* en una semana; así como en el meneo de la cola del viejo Trusty había más simpatía humana y perruna que en la paciencia de su rival *Toutou* en tenerse sobre las patas traseras, pongo por caso, un año seguido.

Estas muestras de arrepentimiento vienen tal vez algo tarde y confieso (pues debo ser del todo franco con mi amigo el Público) que en parte las ha acelerado la conversión de mi sobrina Cristinita á la antigua fe papal, por arte de cierto clérigo muy ladino de nuestra vecindad, y el casamiento de mi tía Dorotea con un capitán de caballería á *demi-solde*, que es todo un caballero de la Legión de Honor y que á estas horas, según él afirma, no fuera menos de Mariscal de campo, si nuestro antiguo amigo Bonaparte viviera y continuara ganando batallas. En cuanto al asunto de Cristinita, debo confesar que en Edimburgo se le había vuelto de tal modo la cabeza corriendo á razón de cinco tertulias cada noche, que, si bien abrigo mis dudas sobre las circunstancias y motivos que determinaron su conversión, no pude menos de alegrarme de que al fin pensara seriamente en algo, sea lo que fuere: además de que poco se perdió, pues el convento me desembarazó de ella por una pensión muy razonable. Mas el casamiento terrenal de mi tía Dorotea fué ya cosa muy distinta de las celestiales bodas de Cristina. En primer lugar, produjo á mi familia una pérdida de dos mil libras en títulos del tres por ciento, ni más ni menos que si se hubiera hecho tabla rasa con el gran libro de la deuda; porque ¿quién demonios

(1) Juan Grano-de-cebada, personificación muy frecuente en inglés.—N. del T.

había de figurarse que una mujer, con sus cincuenta años de experiencia encima se había de casar con un esqueleto francés, cuyas piernas y brazos, iguales en longitud, semejaran dos compases entreabiertos, colocados perpendicularmente uno sobre otro y girando en un quicio común, que holgadamente bastara á representar su cuerpo? Todo lo demás se iba en bigotes, felpas y pantalones. En 1815, por la mitad de la fortuna que ha rendido ahora á este espantajo militar, hubiera podido mi tía ver á sus piés todo un regimiento de cosacos de carne y hueso. En fin, no hay que hablar más de ello, tanto más cuanto había dado en la flor de citar á Rousseau por el sentimiento:—ya está dicho todo.

Desahogada así mi bilis contra un país, que no por ello deja de ser un país muy agradable y del cual no me puedo quejar, pues fuí yo quien le buscó y no él quien vino á buscarme, vengamos al punto concreto de esta mi Introducción, punto que tal vez, mi querido Público,—si es que puedo esperar en la continuación de tus favores (aunque, á decir verdad, los que te galantean no pueden fiar mucho en la constancia y uniformidad de tus gustos)—consiga en parte indemnizarme de los perjuicios y pérdidas que me ha acarreado el haber llevado mi tía Dorotea al país del sentimentalismo, de los bigotes negros, de los muslos delgados, de las buenas pantorrillas y de los miembros sin cuerpo (pues te afirmo que el tal, según dicho de mi amigo Lord L···, es un puro picadillo de despojos; todo patas y alas). Si de la lista de retirados hubiera elegido mi tía un ceremonioso montañés de Escocia ó un elegantillo de la verde Erín, no hubiera dicho una sola palabra; pero tal como han ido las cosas, ¿cómo es posible contener el resentimiento ante la gratuita expoliación de que hemos sido víctimas los herederos legales y los albaceas testamentarios? Pero, en fin, «calle de una vez mi negra inquina» y ofrezcamos á nuestro querido Público un asunto más agradable para nosotros y más interesante para los demás.

Á fuerza de tragar la pócima ácida, de que he hecho mención más arriba, y de fumar uno y otro cigarro, en lo que no soy novicio por cierto, debe saber el Público que poquito á poco, un sorbo tras otro y sin dejar el cigarro de la boca, he llegado á trabar cierto conocimiento con un *homme comme il faut*, uno de los pocos ejemplares, que todavía se encuentran en Francia, de nobleza chapada á la antigua; de esas personas que, á guisa de estatuas mutiladas de añejos y olvidados dioses, imponen todavía cierto respeto y veneración, hasta á aquellos que no tributan de grado uno y otra.

Al entrar en el café del pueblo, me llamó la atención desde el primer día la singular gravedad y compostura de este caballero, su cariñoso apego á las medias y zapato bajo en menosprecio de las medias botas y pantalones, la *croix de Saint Louis* que ostentaba en el ojal y la pequeña escarapela blanca que asomaba en la presilla de su viejísimo sombrero. Había en su aspecto algo que interesaba, y su gravedad, contrastando con el bullicio que reinaba en torno suyo, atraía las miradas, como las atrae por su misma rareza la sombra de un gran árbol solitario en medio de una pradera bañada por el sol. Para entrar en relaciones con él, me permití aquellas pequeñas libertades que consentían las circunstancias, la localidad y las costumbres del país, esto es; me senté cerca de él, y, mientras fumaba mi cigarro, pausadamente y sin apenas echar humo, íbale haciendo ese corto número de preguntas que en todas partes, y sobre todo en Francia, puede permitirse un extranjero, sin arriesgar la nota de impertinente. El marqués de Hautlieu, que tal era su título, fué tan lacónico y conciso como lo consentía la galantería francesa: á todo me respondió, pero ni me hizo una sola pregunta ni me animó á que prosiguiera interrogándole.

La verdad es que, poco accesible á los extranjeros, de cualquiera nación que fuesen, y hasta á sus mismos paisanos, cuando no les conocía, mostrábase el marqués especialmente esquivo para con los ingleses. Provenía acaso este sentimiento de la tradicional y mal amortiguada antipatía entre ambas naciones; ó dimanaba tal vez de ideas preconcebidas que le hacían ver en ellos un pueblo altanero, metalizado, para quien los títulos de nobleza, cuando no van acompañados de una fortuna desahogada, son motivo de burla y de lástima á un tiempo; ó pudiera ser también que, al pensar en ciertos acontecimientos recientes, se sintiera mortificado, como francés, por los mismos triunfos á que debía su amo verse restaurado en el trono y él mismo reintegrado en la posesión de una hacienda empobrecida y de un *château* semi-arruinado. Pero sea lo que fuere, su mala voluntad nunca revistió otra forma que la de ese apartamiento pasivo, y siempre que algún extranjero apelaba á su influencia para cualquier asunto, la otorgaba invariablemente con toda la cortesía de un francés y de un caballero que sabe lo que se debe á sí propio y lo que exige la hospitalidad nacional.

Al fin, no sé por qué casualidad, descubrió el marqués que la persona que de algún tiempo acá frecuentaba su café, era natural de Escocia, y esa circunstancia vino á favorecerme en extremo. Díjome que algunos de sus antepasados eran de origen escocés y que hasta tenía idea de que en lo que él se complacía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ap. 1625 MONTERREY, MEXICO

en denominar la provincia de *Hanguisse* en dicho reino, debía existir algún pariente lejano de la familia. Reconocido este parentesco por ambas partes á principios del siglo pasado, durante su destierro (pues ya se deja entender que el marqués se había alistado en el ejército de Condé y compartido todas las amarguras y penalidades de la emigración), se había casi decidido á trasladarse á Escocia para darse á conocer á sus parientes y reclamar su protección: mas, bien pensado todo, dijo, no se empeñó en presentarse á ellos en una situación que les hubiera hecho poco favor ó que tal vez hubieran creído que podía acarrearles molestias ó desdoro; así es que finalmente se resolvió por confiar en la Providencia y sortear las contrariedades como mejor le fuera posible. Cómo lo hizo es cosa que he ignorado siempre, mas tengo la íntima convicción de que en nada amancilló su dignidad, pues el excelente anciano se mantuvo aferrado á sus opiniones y leal á su fe, en buena como en mala fortuna, hasta que el tiempo le restituyó viejo, indigente y abatido, á aquel país que había abandonado en la flor de la juventud y en el apogeo de la riqueza, animado contra los que le expulsaran, de un encono vengativo, que los años habían dulcificado ya, convirtiéndolo en paciente resignación. Algo había en el carácter del marqués, especialmente en lo que toca á sus preocupaciones políticas y de clase, que me hubiera dado que reir á haberle conocido en días de mayor prosperidad; pero, en la posición en que se encontraba, hasta en el caso de que esas preocupaciones no hubieran sido, como eran, puras y honradas, agenas á toda mira bastarda ó interesada, había que respetarle, como se respeta siempre al confesor ó al mártir de toda religión, aunque no sea precisamente la nuestra.

Gradualmente fuímos intimando y por espacio de seis semanas tomamos juntos nuestro café, fumamos nuestro cigarro y apuramos nuestra *bavaroise*, sin que de parte y otra las ocupaciones interrumpieran gran cosa nuestros coloquios. Habiendo, no sin dificultad, dado en la clave de sus interrogatorios sobre Escocia, gracias á una feliz conjetura de que la provincia de Hanguisse no podía ser otra que nuestro condado de Angus, me ví en el caso de poder contestar más ó menos satisfactoriamente á cuantas preguntas me dirigiera relativas á sus allegados de aquel país, quedando no poco sorprendido al ver que el marqués estaba enterado de la genealogía de algunas familias distinguidas del mismo, mucho mejor de lo que podía yo figurarme.

Por su parte, fué tan grande su satisfacción por las comenzadas relaciones, que al fin creyóse obligado á tomar la resolución de convidarme á comer en el castillo de Hautlieu, nombre que no podía ser más apropiado, por levantarse el edificio en una eminencia que dominaba las orillas del Loira. Distaba unas tres millas de la aldea en que había yo fijado temporalmente mi residencia, y al contemplarle por primera vez, no pude menos de perdonar á su propietario el encogimiento y mortificación, de que daba muestras, al recibir un convidado en el asilo que se había formado entre las ruinas del palacio de sus mayores. Con un buen humor, que evidentemente encubría un sentimiento más profundo, fuéme poco á poco preparando para la visita que iba á hacer, y para ello tuvo holgada ocasión, mientras me conducía en su pequeño cabriolé, tirado por un gran caballo normando, al antiguo castillo.

Los restos de éste se extienden á lo largo de un precioso ribazo que domina las orillas del Loira, el cual ofrecía en otro tiempo una serie de gradas, primorosamente adornadas de estatuas, grupos de rocas y otros hermosos artificios, por las que podía bajarse de terraplén en terraplén, hasta las mismas márgenes del río. Toda esta decoración arquitectónica, así como los parterres de olorosas flores y los bosquecillos de exóticos arbustos que la completaban, habían cedido el lugar, años hacía, á las labores más productivas del viticultor; pero los restos, que por su solidez sobrevivieron á la destrucción, todavía son visibles y á par de los arriates y bancales, dan claro testimonio de la parte activísima que tomó aquí el arte para realzar la naturaleza.

Pocas nos quedan ya de esas quintas en perfecto estado de conservación, pues la versatilidad de la moda ha transformado en Inglaterra lo que en Francia ha destruído la ira y el furor popular: de mí sé decir, no obstante, que comparto la opinión de la autoridad más abonada de nuestros días en tales materias (1) y creo con él que hemos extremado nuestro gusto por la simplicidad y que las inmediaciones de una mansión señorial requieren una ornamentación más cumplida que la que pueden dar de sí la arena y el césped. Norabuena que no se pretenda desnaturalizar con adornos artificiales una situación de suyo pintoresca; pero en la inmensa mayoría de las posesiones, paréceme indispensable mayor ornamento que el que hoy se acostumbra, para velar la descarnada pobreza de una gran casa,

(1) V. *Ensayo de Price sobre lo pintoresco*, en varios pasajes, pero en particular aquel en que describe tan poéticamente sus sentimientos al destruir, por consejo de un innovador, un secular jardin, con sus vallados y arboledas, sus verjas artísticas y sus enramadas sombrías.

que se levanta solitaria en mitad de un prado, tan aislada é independiente al parecer de cuanto la rodea, como si se hubiera escapado de la ciudad para ir á tomar el aire.

Cómo ha venido á cambiar el gusto de un modo tan súbito y radical, es cosa verdaderamente singular y que no se explica sino por aquel principio que motiva la respuesta de los tres amigos en una de las comedias de Molière: para curar la melancolía de una muchacha pídeles su padre remedio, y ellos le aconsejan que alhaje su aposento con pinturas, tapices ó porcelanas, según el ramo de comercio á que cada uno respectivamente se dedica. Tomando ejemplo de esto, descubriremos tal vez que en lo antiguo el arquitecto era quien trazaba los jardines y esplanadas que rodeaban la vivienda y, naturalmente, desplegaba en ellos su arte adornándolos con estatuas y jarrones, pabellones y escalinatas, terraplenes y balaustradas; al paso que el jardinero ocupaba un lugar secundario y cuidaba tan sólo de acomodar el reino vegetal al gusto del día, recortando los cercados en forma de verdes murallas con sus torres y almenas y dando á los árboles sueltos cierto aspecto escultural. Mas, de entonces acá, la rueda ha dado una vuelta: hoy el artista-jardinero, como se intitula, está casi al nivel del arquitecto, y de aquí que el primero haga un empleo tan inmoderado y hasta violento del pico y el azadón, y que las ostentosas labores del segundo hayan venido á degenerar en una simple *ferme ornée*, tan acomodada á la simplicidad de que hace gala la naturaleza en torno suyo, como lo consiente el aseo y regalo indispensables en las avenidas de una residencia señorial.

Retardada en gran manera la celeridad del vehículo, por la maciza complexión de Juan Roast-beef (1), al que supongo que el caballo normando maldeciría de tan buena gana como allá en remotos tiempos execraban sus compatriotas la obesidad de un estólido siervo sajón, bien se ha necesitado la larguísima digresión que acabo de hacer para darle tiempo de subir la cuesta por una tortuosa calzada, actualmente en pésimo estado, á cuyo extremo se divisaba una larga hilera de ruinosos y destechados edificios enlazados con el ala occidental del castillo.

—Debo dar á V., como inglés, una explicación—dijo el marqués—á fin de que se haga cargo de las razones que tuvieron mis antepasados para enlazar con el edificio principal esa hilera de caballerizas. No ignoro que en Inglaterra es costumbre edificarlas á cierta distancia, pero en mi familia ha sido hereditaria la pasión por los caballos y como á mis ascendientes les gustaba

(1) Apodo que da el populacho en Francia á los ingleses.—N. del T.

ir á verlos con frecuencia, así, teniéndolos cerca, podían hacerlo más cómodamente de lo que en otro caso les hubiera sido posible. Antes de la Revolución, tenía yo treinta hermosos caballos en esta serie de edificios hoy arruinados.

Este recuerdo de una magnificencia pasada se le escapó inadvertidamente, pues en general evitaba toda clase de alusión á su antigua opulencia. Hízolo sosegadamente, sin dejar traslucir ni vanagloria por su primitiva grandeza ni pretensiones á la conmiseración por haberla perdido. De todos modos, dispertó en ambos reflexiones desagradables y continuamos silenciosamente nuestro camino hasta que, llegados á la que fué antes portería, de un chiribitil habilitado en un rincón de ella salió sonriendo alegremente y mostrando una dentadura que más de una duquesa hubiera podido envidiar, una *paysanne* francesa, viva como una centella, de ojos negros como el azabache y refulgentes como dos diamantes, la que vino á tomar las riendas mientras bajábamos del cochecito.

—Madalenita tendrá que hacer hoy de palafrenero—dijo el marqués inclinando graciosamente la cabeza en contestación á la ceremoniosa reverencia que la criada hizo á monseñor—pues su marido ha ido al mercado; y en cuanto á La Jeunesse, la multitud de cargos que desempeña casi le ha vuelto la cabeza. Madalenita—prosiguió el marqués, mientras pasábamos bajo la gran puerta de entrada, coronada de antiguos escudos señoriales mutilados, que ocultaban casi por completo el musgo y la grama, sin contar las ramas indómitas de los arbustos silvestres—Madalenita era ahijada de mi mujer y la habíamos hecho educar para camarera de mi hija.

Estas palabras, dichas sin intención, diéronme á entender que el marqués era marido sin esposa y padre sin hija, viniendo esta circunstancia á aumentar el respeto que me inspiraba aquel desdichado anciano, quien, sin duda, en todo cuanto se refería á su actual situación, debía hallar harto motivo para entregarse á melancólicas reflexiones.

Después de una corta pausa, continuó diciendo con tono más alegre:

—Va V. á divertirse con mi pobre La Jeunesse, que, donde usted le verá, tiene diez años más que yo (el marqués pasa de los sesenta). Me recuerda á aquel actor del *Roman Comique*, que desempeñaba él solo todos los papeles de una comedia, pues pretende reunir en su pobre persona los cargos de mayordomo, cocinero, ayuda de cámara, toda una retahila, en una palabra. Algunas veces me trae á la memoria un personaje de la *Brida de Lammermore*, novela que V. habrá leído sin duda alguna, pues

está escrita por uno de los literatos de su tierra de V., *qu'on appelle, je crois, le chevalier Scott* (1).

—¿Supongo que quiere V. decir sir Walter?

—Sí, señor, él mismo—respondió el marqués.

Esto nos dió pié para desviarnos de recuerdos más penosos, pues tuve que rectificar dos equivocaciones de mi buen amigo francés. Respecto de la primera no lo conseguí sin dificultad, porque, aunque al marqués no le gustaban los ingleses, como había estado tres meses en Londres, se preciaba de dominar las más enrevesadas dificultades de nuestro idioma y apelaba á cuantos diccionarios existen, desde Florio para abajo, empeñado en convencerme de que *Bride* debía significar brida (2). Y llevaba tan alto su escepticismo en esta cuestión filológica, que en vano fué que yo me atreviera á indicarle que en toda la novela ni una sola vez se trataba de brida, pues con el mayor comedimiento y muy ageno de pensar con quien hablaba, repuso que toda la culpa de esa inconsecuencia se la tenía el malaventurado autor. Tuve luégo la candidez de manifestar á mi amigo, que, por motivos que nadie podía saber tan bien como yo, podía asegurarle que mi distinguido compatriota, el escritor de quien hablaré siempre con el respeto debido á su talento, no era responsable de las obrillas que el público le atribuía tan generosa como precipitadamente. Llevado del impulso del momento, hubiera ido quizás más allá remachando mi negativa con una prueba palmaria y de toda evidencia, cual fuera declarar á mi contrincante que nadie más que yo podía en realidad haber escrito esas obras, puesto que yo en persona era su autor; mas el marqués me evitó el disgusto que me hubiera ocasionado el descubrirme de esta suerte, replicándome, con mucha sangre fría, que se alegraba de que tales bagatelas no fueran escritas por una persona de condición.

—Las leemos—dijo—del mismo modo que escuchamos los chistes de un comediante ó que escuchaban nuestros abuelos las de un bufón de profesión, es decir, con gran hilaridad, hilaridad, sin embargo, que sentiríamos excitara en nosotros quien pudiera alegar mejores derechos para alternar en nuestra sociedad.

(1) Es inútil recordar al lector que este pasaje salió á luz cuando el autor escribía todavía bajo el velo del anónimo; por lo cual, según dice Lucio, las palabras de los personajes «corresponden á la fábula.»—N. del A. (Walter Scott publicó sus primeras novelas bajo el pseudónimo de «El autor de Waverley», con la que inició la serie que debía hacerle para siempre famoso).

(2) *Brida* se pronuncia en inglés *bráid* y significa *novia, desposada;* en francés se pronuncia *brid* y significa *brida:* de aquí el equívoco.—N. del T.

Esta declaración me devolvió toda mi habitual cautela y quedé con tal recelo de descubrirme que ni siquiera me atreví á explicar á mi aristocrático amigo que el caballero, á quien había nombrado, debía su posición, por lo que había oído decir, á ciertas obras que, sin impropiedad, pueden calificarse de novelas en verso.

Es lo cierto que, entre otras injustas preocupaciones, que ya he señalado antes, había contraído el marqués tal horror, mezclado de desdén, hacia toda clase de autores, excepto aquellos que componen in-folios sobre leyes ó teología, que todo escritor de novelas, leyendas, poesías sueltas, artículos de periódico ó de crítica literaria, era mirado por él como mira la gente los reptiles venenosos, esto es, con tanto miedo como repugnancia. El abuso de la prensa, en su sentir, especialmente en los grados inferiores, había emponzoñado en toda Europa las fuentes de la moral, y poco á poco volvía á recobrar la influencia que los clamores de la guerra habían amortiguado. Todo escritor, con exclusión de esos de mayor calibre y peso, se le antojaba afiliado á la mala causa, desde Rousseau y Voltaire hasta Pigault-le-Brun y el autor de las novelas escocesas; y aunque no podía negar que las leía *pour passer le temps*, sin embargo, lo mismo que Pistol al tragarse su puerro (1), al tiempo de devorar el contenido, execraba la tendencia de la obra que llevaba entre manos.

Tanto bastó para que retirara la ingenua confesión que mi vanidad me sugiriera, y procuré, por lo tanto, traer el marqués á nuevos detalles sobre la mansión de sus antepasados.

—Aquí—dijo—se alzaba el teatro en cuyas tablas alcanzó mi padre permiso para que pudieran representar algunos de los primeros actores de la Comedia Francesa, siempre que venían á visitarle el Rey y Madame de Pompadour, lo que ocurrió más de una vez; allá, más al centro, había la sala baronial, donde el señor feudal ejercía su jurisdicción cuando él en persona ó su Baile tenían que juzgar á algún reo, pues no ignoráis que éramos, como vuestra antigua nobleza escocesa, señores de horca y cuchillo, ó de *fossa cum furca*, como dicen los juristas; debajo de ella hay la sala de interrogatorios, para las cuestiones de tormento; y ciertamente me pesa que derecho tan ocasionado á

(1) Alusión á un episodio de la tragedia de Shakspeare *Enrique V.* Un capitán galés, que siguiendo la tradición nacional se había adornado el sombrero con un puerro el día de San David, aniversario de la batalla de Azincourt, viéndose blanco de las burlas de un valentón (Pistol), le obliga mal de su grado á tragarse el puerro, de que había hecho mofa y cuyo gusto le revuelve el estómago.—N. del T.